

RESEÑAS

Jorge Rodríguez Beruff (ed.), *Las memorias de Leahy. Los relatos del Almirante William D. Leahy sobre su gobernación de Puerto Rico (1939-1940)*, edición bilingüe, San Juan, Fundación Luis Muñoz Marín/Red de geopolítica, relaciones internacionales y seguridad regional (proyecto Atlantea, UPR), 2002, 262 pp.

*The island is strategically valuable.
I think nowhere they can get a
better one of higher value.
This is a very important military training.
It is a key in the overall Navy defenses*

A sí se expresaba de Vieques, en 1948, el almirante William D. Leahy. Más de medio siglo después, la importancia de Vieques sigue siendo enorme para la seguridad estadounidense, por esto resulta muy oportuna la publicación de las memorias de este *marinero* (como él prefería llamarse a sí mismo), uno de los responsables de la formulación de la estrategia defensiva norteamericana ante la Segunda Guerra Mundial. Seguidor de A. T. Mahan, fue él quien convirtió a Puerto Rico en un “portaviones insumergible”.

Se trata de un libro atractivo por varias razones. La principal es que recupera dos versiones de las memorias del almirante Leahy durante su estancia en Puerto Rico, en los años 1939-1940, escritas en momentos distintos y ante situaciones diferentes, lo que permite al lector hacer diversas lecturas y comparar las dos que hizo el autor de su gestión como gobernador. En esas versiones se encuentran elementos para entender tanto el papel

geoestratégico de la isla borinqueña como el carácter colonial de la administración norteamericana.

Preceden a esas dos versiones de las memorias un prólogo de Héctor Estades y un estudio de Jorge Rodríguez Beruff. En el primero, Estades parte de un recuerdo de su infancia cuando vio pasar al almirante Leahy por las calles de Lares. Esa imagen es rememorada y tejida junto a otras remembranzas para construir la narración que introduce el libro. La estructura del prólogo es entonces una secuencia de fotografías relatadas y crea una atmósfera apropiada para el desarrollo del volumen que está integrado por varios textos y una enorme cantidad de fotografías.

El estudio de Rodríguez Beruff resulta de gran ayuda para conocer el momento en el que se escribieron las memorias, al personaje que las escribió, así como la magnitud de su obra que excedió, sin lugar a duda, el periodo de su gobierno. Pero, sobre todo, es útil para comprender porqué fue designado como gobernador alguien como William D. Leahy, en una época en la cual Puerto Rico adquiriría mayor importancia para los planes de defensa en la región del Caribe y para la protección del Canal en Panamá.

A continuación aparece en primer lugar la versión posterior de las memorias que, como hemos dicho, contiene variantes respecto a la escrita por Leahy durante su gobierno y que aparece en segundo término con su traducción al español. Sin embargo, ambas mantienen una lectura ágil, intercalan la información acerca de la isla y las tareas que desempeñó el almirante con las instrucciones que recibió de Roosevelt, dan cuenta de los vínculos con los políticos puertorriqueños y con los miembros de la élite y se mencionan algunas de las medidas que tomó Leahy para preparar la defensa norteamericana. Las dos se inician en el crucero *uss Houston*, cuando Leahy recibe la noticia de su nombramiento y terminan en el vapor *ss Borinquen*, cuando el almirante deja "la extraña isla tropical" para hacerse cargo de una encomienda como embajador en la Francia de Vichy. Los textos de Leahy contienen anécdotas que, cual imágenes fotográficas, completan y abundan en sus reflexiones.

En la primera versión hay un esbozo histórico de Puerto Rico que no aparece en la siguiente. En ella resaltan sus opiniones acerca de la importancia de la isla para España y que, bajo los

mismos patrones, mantenía para Estados Unidos, "its strategic geographical position, and that seems to be its only asset value to the United States at the present time" (p. 158). "The high strategic value of Puerto Rico in an American defense against aggression from overseas is a result of its being the most easterly land under American sovereignty" (p. 159). Destaca la construcción de una base área de la marina en Isla Grande en la Bahía de San Juan y de otra del ejército en punta Borinquen, "both for the purpose of defending the Caribbean area when the expected involvement of the United States in war with the Axis powers should eventuate" (p. 179), además menciona el incremento de la guardia nacional insular (p. 182). Convendría comparar estos textos con las memorias que escribió sobre la guerra *I was there*.

Leahy tenía dos importantes misiones que cumplir en su gestión en Puerto Rico: atender y mejorar las condiciones sociales en la isla y supervisar la construcción de bases e instalaciones militares. Ambos aspectos están tratados en sus memorias.

La importancia de su gobierno no sólo se debió a su personalidad y al proyecto que desarrolló, sino a que reunió en su persona mucho poder para cumplir sus labores militares y civiles, contó siempre con el apoyo irrestricto de Franklin Delano Roosevelt quien lo nombró también administrador de obras en progreso, lo que lo colocaba a cargo del desembolso de los fondos que el gobierno de Estados Unidos destinaba para paliar el desempleo y para administrar el trabajo de asistencia; controlaba la agencia responsable de los proyectos militares y estaba al tanto, además, de lo que ocurría en el Caribe, en los asuntos militares y navales, aun fuera de su jurisdicción política. Ningún gobernador en Puerto Rico tuvo tantas instancias del gobierno insular y de la estructura federal bajo su coordinación.

Otro de los temas interesantes en las memorias del almirante es el relativo a las opiniones que le merecen los políticos puertorriqueños, destacando entre ellas la que tiene sobre Luis Muñoz Marín, "el brillante y agresivo" hijo de Muñoz Rivera, "líder y genio director" como también lo llamó, pero hay más temas y cada lectura abre posibilidades.

El texto ampliado de las memorias, es decir, la versión de finales de los años cuarenta, está acompañado por una serie de

pequeños trabajos de otros autores que remarcan los comentarios de Leahy, los profundizan o sugieren líneas de investigación. Proviene de diversas fuentes como cartas, notas periodísticas, informes de inteligencia, discursos, estudios académicos, entre otros y, al lado de las fotografías seleccionadas, permiten al lector adentrarse en un periodo histórico muy importante. Por último, el libro tiene un apéndice con datos biográficos de los principales personajes nombrados en las memorias y en el estudio introductorio, y finaliza con una selección de documentos de la correspondencia del almirante Leahy que completan la visión que se quiere mostrar.

Evidentemente, las memorias de Leahy "nos proveen pistas o claves sobre los procesos políticos de la época", como sostiene Rodríguez Beruff en su estudio, pero no sustituyen al análisis histórico que queda abierto.

LAURA MUÑOZ
Instituto Mora

Luz del Carmen Vallarta Vélez, *Los payobispenses: identidad, población y cultura en la frontera México-Bélice*, México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2001, 451 pp., anexos.

*I*n ga'at in tzaic Dios bo'otic ti in ámigo yetel in lak', u noh'chi ti u Ohelil Nah Quintana Roo, Yúm Efraín Villanueva Arcos tumén tu pay late'n utial in tzic'bat un sùtul ta huetelesh. Yah in pok sikag tumén xhLuz del Carmen minán uayé utial u uyhic in tukul tìoh'la u liibro. Hebishaqué, quimack in uol tumén tu bahtáh toon unbeh k'am síhil ma'xuluntil: unbe liibro tu'sh cu nohochkinsic u macob binob cajal ti Bélice, bish letiobi yetel u kilcab tu geshob u ich lu'um Bélice. Ca u xhuli u mukbil diez i nueve, ya'b macob sutulob ti lu'um tush mucab u tatalob utial u mentcob unbe tumben kuxtal.

I wish to thank my friend and colleague, the principal of the University of Quintana Roo, Rector Efraín Villanueva Arcos for the kind invitation extended to me to speak to you briefly. I am sad-

dened because Luz del Carmen is no longer with us to share in my thoughts about her book. I am happy that she left us with a gift that will last forever: a book in which she recognizes the place of the common man and woman who migrated to Belize; who with the sweat of their brow, helped change the face of Belize. At the end of the 19th century, several among them returned to the land where they had buried their ancestors to build a new destiny.

A wan tank mi fren an caligue, di bass a di University a Quintana Roo, Rector Efraín Villanueva Arcos fi di invitasion fi talk one li bit mounst unu. A feel bad dat Luz del Carmen no di yah fi hiah whe I gat fi sey bout fi shi buk. But I feel gud dat she lef we one gif whe wen las foeva: one buk whe shi gih di piple dem whe gan liv da Belize dem due, how di piple dem wit dem haad wok change Belize. Tiwads di en a di 19th century, one lot a dem gan back to di land whe dem beri fi dem ancestors fi build one new fewcha.

Quero dizer muito obrigado ao meu amigo e colega, o reitor da Universidade de Quintana Roo, o licenciado Efraín Villanueva Arcos pelo seu convite, permitindome falar con voceis brevemente. Me sinto muito triste porque nao esta presente Luz del Carmen para escutar minhas opiões sobre seu livro. Mas estou contente pois ela nos deixa um presente para a vida eterna: um livro onde ela reconhece e assina seu lugar no povo quais imigro em Belice; cómo e con seu ardoso trabalho trocaram a face de Belice. Ao final do século dezenove, muitos deles voltaron para as terras onde eles enterraran seus antepasados para construir um destino novo.

Quiero agradecer a mi amigo y colega, el rector de la Universidad de Quintana Roo, el Lic. Efraín Villanueva Arcos por extenderme su gentil invitación a compartir brevemente con ustedes unas ideas. Nos entristece muchísimo que la doctora Luz del Carmen no esté con nosotros para oír mis ideas en cuanto a su mayor contribución. Pero me alegra que ella haya obsequiado a nuestros pueblos un regalo que durará una eternidad: un libro donde se le reconoce y se le asigna su lugar al pueblo que emigró a Belice;

personas que con el sudor de su frente cambiaron la cara a la tierra beliceña. Hacia finales del siglo XIX, muchos de ellos regresaron a la tierra donde fueron enterrados sus antepasados para forjar un nuevo destino.

La violenta convulsión social que caracterizó la vida de la península de Yucatán durante la segunda mitad del siglo XIX creó unos bloques sociales que en su conjunto sacudieron, pero no cambiaron, el modo de hacer las cosas en la frontera entre México y Belice. Tanto las confrontaciones armadas como la amenaza de ellas, el arduo trabajo de los mozos y campesinos, los empresarios yucatecos, los altibajos del precio de la caoba, el palo de tinte y el azúcar y luego del banano en el mercado internacional, además del bagaje cultural de los grupos étnicos, repercutieron en la utilización de los recursos en la frontera, la mano de obra, los recursos silvestres y el comercio, y sirvieron para la continuación de la guerra entre los principales contrincantes de la región sur de Yucatán, Belice y Petén. La cara del norte de Belice se transformó. Después de cinco décadas, cuando la economía colonial ya no proveía condiciones para su subsistencia ni para la inversión y cuando se pacificó la región fronteriza con la derrota de los mayas de Santa Cruz, las autoridades de Payo Obispo hicieron una invitación a miembros de las familias de los asentamientos fronterizos con Belice, la mayoría yucatecos, a mudarse a México. La segunda y tercera generación de los yucatecos que nacieron y crecieron en Belice, y que optaron por trasladarse al otro lado de la frontera, ya habían asimilado y creado importantes rasgos culturales por su estadía en la colonia. También llegaron a Payo Obispo otras etnias (criollos beliceños que igualmente concurrieron a la fundación de la comunidad payobispense a principios del siglo XX). La obra de la doctora Vallarta Vélez analiza el cómo y el porqué de este flujo demográfico étnico a y desde Belice y contribuye de una manera muy significativa al análisis de las raíces de la cultura chetumaleña actual.

En la segunda mitad del siglo XIX se trasladaron a Belice grupos mayas, mestizos y blancos yucatecos huyendo de la violencia de la guerra desatada en 1847. El capital mercantil británico apro-

vechó la llegada de los refugiados, el monopolio de las tierras de la colonia, los recursos de las selvas y los mecanismos de control social para obtener ganancias que rápidamente repatriaba al Reino Unido y a otras partes. No hay evidencia de una política coherente por parte de las autoridades imperiales británicas por extender su control político más allá del Río Hondo. No era necesario, pues la lógica del capital mercantil en el siglo ^{xix} permitía obtener elevadas ganancias en economías de extracción y agrocomercio sin las complicaciones y responsabilidades relacionadas con la gobernación.

La sociedad multiétnica creada en los distritos del norte de Belice se "yucatanizó" en un sentido muy concreto, pero hay que notar que las estructuras socioeconómicas que trajeron los yucatecos a Belice se insertaron perfectamente en la economía colonial porque eran similares en muchos sentidos, incluyendo el del aprovechamiento de los recursos humanos y del monopolio de los recursos silvestres. Por el lado de la colonia, la explotación de la mano de obra de los ex esclavos africanos, los garifunas, los hindúes y chinos y los trabajadores centroamericanos era muy semejante al control de la mano de obra en Yucatán en las vísperas de la guerra. Las leyes agrarias en Yucatán, que protegían al terrateniente, eran también parecidas a las de la colonia británica.

La cultura, sin embargo, adquiere sus propias características de orden social, sus formas, estructuras y mecanismos de control, su religión, idioma y sistema de educación. Éstas se iban produciendo o reproduciendo según el conjunto de factores que se van dando en un ambiente fronterizo. Hubo numerosas transferencias, asimilaciones o combinaciones de los elementos culturales de los grupos étnicos que llegaron a Belice, con los elementos culturales que *hallaron* en este país y de aquéllos que fueron *construidos* a raíz de las nuevas circunstancias que se iban generando en la frontera durante las cinco décadas que cubre el exhaustivo análisis de la doctora Vallarta Vélez.

El cómo se hacían las cosas en Belice durante la segunda mitad del siglo ^{xix}, sin embargo, respondía a los patrones socioeconómicos y culturales de la sociedad fronteriza. Entre los inmigrantes yucatecos había mayas campesinos que se ganaban la subsistencia principalmente del producto de las milpas combinado

con el trabajo salarial que ofrecían en los ranchos y campamentos de madera. Este modo de subsistencia tenía la misma estructura que prevalecía en la península durante el siglo XIX. A la masa de campesinos inmigrantes se asimilaron los contados mayas beliceños de Kaxalunic (antes de 1847, éstos tenían sus asentamientos dentro de lo que ahora es el lado beliceño de la frontera).

Los mayas campesinos tornaron a casi todo el norte de Belice en una región maya parlante, con una cultura y formas de organización social y de subsistencia típicas de la península de Yucatán. El concepto de propiedad privada en cuanto a las tierras, por ejemplo, no era de suma importancia. Las tierras destinadas a las milpas pertenecían a la comunidad y no a un individuo, pues éstos solamente utilizarían lo necesario para cultivar y no se establecerían en un mismo sitio permanentemente. La mayoría de las aldeas de lo que ahora son los distritos de Orange Walk, Corozal y ciertas aldeas del distrito del Cayo conservan muchos de estos rasgos, lo que explica la afinidad cultural entre las poblaciones de ambos lados del Río Hondo.

Para obtener provecho de los inmigrantes mayas campesinos, los terratenientes británicos y las autoridades locales cobraban impuestos por el alquiler de tierras donde construían su casa y sus milpas y por concepto de su "boleto de residencia". Este último era valioso especialmente para los que vivían en las aldeas a lo largo del Río Hondo y que cultivaban sus milpas en el lado mexicano. Recurrían a los boletos de residencia para reclamar la protección de las autoridades británicas contra los reclamos de los mayas de Icaiché o de Santa Cruz. Aunque no podían comprar tierras ni tampoco naturalizarse como ciudadanos británicos, los mayas campesinos tenían acceso a tierras para su subsistencia y empleo temporal en un clima de relativa tranquilidad. Pero cuando, a finales del siglo XIX, los empleos en los ranchos y los campamentos de madera escasearon y la tranquilidad retornó al sur de Yucatán, muchos campesinos mayas regresaron al lado mexicano del Río Hondo a ganarse la subsistencia.

Entre los desertores de las fuerzas armadas de Santa Cruz e Icaiché había mayas que eran o se habían convertido en mozos por medio del sistema de avance de salarios. La gran mayoría de ellos era contratada para la extracción de palo de tinte y caoba

y en los ranchos yucatecos. En los campamentos de extracción de madera, los mozos mayas y mestizos trabajaban con los ex esclavos negros, hindúes, chinos, indios de la costa miskitia, caribes y mestizos centroamericanos, quienes conformaban las cuadrillas de los trabajadores empleados en la industria silvestre antes de 1847. No cabe duda que hubo mucho intercambio cultural entre los trabajadores, debido especialmente a la manera de organizar la extracción de caoba y palo de tinte, para la cual los trabajadores permanecían en los campamentos durante toda la época del corte.

En cuanto al agrocomercio, cuando los rancheros comprobaron que se podía transferir la tecnología de la elaboración de azúcar a Belice, las grandes compañías como la British Honduras Co. y Carmichael y Cía. empezaron a invertir en la producción de azúcar, ron y melaza para el consumo local y la exportación. La relación de poder entre el mozo y el patrón que se practicaba en Belice no era diferente a la que prevalecía en Yucatán. La historia oral de San Antonio Río Hondo habla de una época de esclavitud cuando todos los mayas y mestizos que vivían en San Antonio trabajaban para el patrón don Manuel Jesús Castillo, quien se daba el derecho de ordenar latigazos a los mozos que no cumplían sus órdenes.

Había otro bloque social entre los mayas provenientes de Icaiché que, con una organización militar, mostraban características más propias de las aldeas mayas yucatecas. Desde su cabecera en San Pedro Yalbac, los mayas bajo el mando de Asunción Ek negociaron las condiciones en que trabajarían para los contratistas o subcontratistas yucatecos (como Florencio de la Vega, dedicado a la extracción de palo de tinte o caoba). Las autoridades británicas locales miraban a estas aldeas mayas armadas con preocupación e hicieron lo posible por ganarse su confianza, para que le sirvieran de aliados contra los reclamos de Marcos Canul, el general en jefe de Icaiché, y contra la latente amenaza de los cruzob. Esto explica por qué los británicos aceptaron el sistema de gobernación de los alcaldes de las aldeas mayas. Para los anglosajones era más fácil tolerar la autoridad civil de los alcaldes que la autoridad de los generales mayas, cuyo poder provenía de su Estado armado. Fueron los mayas de San Pedro Yalbac

quienes reprodujeron en Belice una fuerza armada maya equivalente a los cruzob y los icaiché en el centro y sur de la península respectivamente. En efecto, fueron estos mayas yalbaqueños quienes, en alianza con los icaiché, se enfrentaron a los ingleses, cuestionando la legitimidad que estos últimos se habían otorgado, de ser los dueños de las riquezas silvestres de la región. Dicho enfrentamiento en Belice amenazó de una manera muy importante la razón de ser de la economía colonial, organizada para explotar las maderas de la región por medio de la explotación de los recursos humanos.

Por otra parte, el capital mercantil que operaba en Belice con inversiones en grandísimas extensiones de terreno, extracción de caoba y palo de tinte, en comercio legal y contrabando y en el agrocomercio, se aprovechó de la cultura fronteriza proveniente de Yucatán. Gerentes empresarios de ranchos, tales como Manuel Jesús Castillo, por ser bilingües en maya y español y por entender cómo controlar la mano de obra de los mozos, figuraban como los agentes de las compañías británicas para extraer las riquezas de las tierras beliceñas y del lado yucateco del Río Hondo. Además, estos mismos empresarios yucatecos recibían a crédito mercancías (comestibles enlatados, telas, machetes y hachas), de parte de las casas británicas, para surtir a todas las aldeas de ambos lados del río. En su gran mayoría, los gerentes empresarios yucatecos no podían convertirse en una clase empresarial agraria con el poder de negociar y controlar sus propias finanzas, porque los inmigrantes no tenían derecho a comprar tierras y, además, las empresas británicas favorecidas por la ley agraria de la colonia no permitían que el arrendatario pudiera beneficiarse de las mejoras que había invertido en los terrenos alquilados.

A su vez, las autoridades locales exigían que los inmigrantes tuvieran buena conducta, pues la paz en la frontera era elemento esencial para que el capital invertido en la extracción de los productos de madera y el agrocomercio suministrara las ganancias esperadas. La inestabilidad en la frontera podría poner en juego la integridad de la colonia británica en Centroamérica. El control político-administrativo era ejercido por los agentes de la corona en la frontera (magistrados y policías) y, en circunstancias de

emergencia, por elementos de las fuerzas armadas inglesas con sus bases en el Caribe. Los magistrados interpretaban y aplicaban las leyes locales con el objeto de proteger los intereses de los inversionistas y sus agentes. Los mozos y los arrendatarios de terrenos no gozaban de la misma protección.

Los poblados del norte de Belice donde residían los anglosajones y yucatecos de las clases dirigentes tenían una conformación urbana con su iglesia y las oficinas del magistrado, en el caso de Corozal, y la policía alrededor de una plaza. La representación del poder económico, religioso y político en la ordenación de estos poblados corresponde a modelos de la península yucateca reproducidos en Belice.

En cuanto al idioma, lo interesante es que, respondiendo a la presión de los números y a la lógica económica, los blancos y mestizos entre los yucatecos eran bilingües por necesidad, pues el grueso de los campesinos y mozos hablaban maya como su primer idioma. Los anglosajones también tuvieron que aprender lo suficiente para darse a entender entre los mozos e inquilinos mayas e igualmente se vieron forzados a conocer algo de español para tratar con la clase dirigente yucateca. Así, el norte de Belice hablaba maya, español e inglés, en ese orden. Por su parte, los hijos de los inmigrantes de las clases dirigentes donde se construyeron escuelas primarias lograron aprender lo básico del idioma inglés, aunque en la región fronteriza el inglés no era la lengua franca.

La Iglesia católica y el rudimentario sistema de educación primaria sirvieron como otros mecanismos de control para las clases trabajadoras y como instrumentos de colonización. La doctora Vallarta Vélez nos ofrece un rico análisis de la documentación proveniente del periódico *Colonial Guardian* y de la publicación de la misión católica, *The Angelus*, así como de la tradición oral, entre otras fuentes. Lo británico en Belice se expresaba en lealtad a la reina Victoria, a las autoridades británicas, a los principios y valores anglosajones y a la Iglesia católica según las doctrinas jesuitas. Además, otra característica de sociedad colonial era el afán por imitar a las clases privilegiadas del Reino Unido, en su vestuario, en su idioma, en sus costumbres y hasta en sus ademanes. La distancia del tiempo nos da la perspectiva

para entender que numerosos colonos que se querían pasar de anglosajones trataban de legitimar su poderío en la colonia, pero no podemos menos que sonreír ante algunas de sus exageraciones.

La mayoría de los mayas y mestizos campesinos de las aldeas alejadas de las cabeceras municipales no carecían de un sentido de identidad cultural propio. Tampoco los mestizos y blancos yucatecos de las cabeceras municipales necesitaban de la cultura anglosajona para autodefinirse. Sin embargo, los empresarios mestizos y blancos entre los yucatecos trataron de asumir algunos de los símbolos culturales y políticos del imperio británico con la misma intención de dar legitimidad a su autoridad ante los mozos y campesinos y para distanciarse socialmente de los macehualob y otros campesinos pobres de la colonia. En lo que respecta a los cruzob, la estrategia política de aliarse con los británicos contra el poderío militar de las autoridades mexicanas explica porqué éstos reverenciaban a la Reina Victoria.

Así, la cultura del norte de Belice durante el medio siglo que analiza la doctora Vallarta Vélez fue casi completamente yucateca, con un ligero acento inglés y afrocaribeño especialmente por la cercanía de los mozos en los campamentos de madera y por las escuelas primarias en las cabeceras principales. Los elementos del idioma inglés, la música anglocaribeña, los valores afrocaribeños y anglosajones, la doctrina católica en el contexto de la educación rudimentaria, así como la evangelización de la Iglesia jesuita incidieron sobremanera en la cultura beliceña de finales del siglo *xix*. A principios del siglo *xx*, la población de Payo Obispo y la de las aldeas mexicanas del Río Hondo, compartieron ambos lados de la frontera en un ambiente donde prevalecía la diversidad étnica y una aguda discriminación racial entre los trabajadores de los campamentos de madera, que se expresaba en los mecanismos formales de la administración británica tales como las leyes, la administración de la justicia y los principios y valores sociales, políticos y económicos de la colonia británica.

En resumen, el análisis de la doctora Vallarta Vélez de la segunda mitad del siglo *xix* demuestra que un gran número de los refugiados en Belice no lograron salir de Yucatán, ya que se lo llevaron con ellos mismos y lo reprodujeron en el norte de la colonia británica. El contacto con otras etnias en los campamentos

de madera y con la forma inglesa de gobierno, la educación y la misión jesuita en un contexto afrocaribeño crearon condiciones de asimilación y adaptación de muchos elementos culturales, pero, en lo fundamental, los que fundaron Payo Obispo y las otras aldeas al margen del Río Hondo eran yucatecos afrocaribeños y ello es lo que explica la continua afinidad, aún vigente, entre las poblaciones de ambos lados del río. Por último, como descendiente de los pueblos mayas que se levantaron y se sacrificaron en defensa de su legítimo acceso a las riquezas de las tierras de sus antepasados, puedo rescatar cuando menos una lección que nos enseña el análisis de la doctora Vallarta Vélez: para que el sacrificio no haya sido en vano, las nuevas generaciones tienen que asumir nuevas armas de defensa de los derechos humanos como la educación, la ciencia y la tecnología y un sólido sentido de autodefinición cultural, para brindarle un porvenir más justo y equitativo a nuestras futuras generaciones.

ÁNGEL E. CAL
Universidad de Belice

Roy Rivera Araya, *La modernización sin fin y la descentralización en Centroamérica*, San José, Costa Rica, FLACSO, 2000.

Hoy en día, en el lenguaje de los políticos y de ciertas burocracias del desarrollo, se habla apresuradamente de la descentralización, lo cual daría la impresión de una fuerte inmersión de los procesos de decisión en las complejidades de la construcción político institucional en el plano local. Pero no. Como el autor de la obra señala en sus primeras páginas, "el dinamismo discursivo no ha tenido un correlato equivalente en cuanto a acciones y materializaciones". Aparte de la polisemia y del disenso, la idea de la descentralización no ha calado suficientemente entre los actores sociales más allá de sus vagas formulaciones discursivas; sobre todo entre las colectividades de actores locales que serían los sujetos responsables de dar contenido sustantivo a esa ya no tan nueva categoría sobre la democracia y la gobernabilidad en escala territorial más acotada.

El libro que se nos ofrece, muy bien escrito valga decir, trata sobre esa problemática enfocando diversas dimensiones y escalas. Las dimensiones se identifican a partir de dos vías: el examen de los elementos discursivos y, por otra parte, la identificación de las características del contexto global que determina tanto a las propuestas como a su práctica. El análisis se articula con base en dos categorías: la modernización, en tanto proceso de cambio de estructuras, y la idea de la descentralización como parte de ese proceso de cambio en una escala político institucional. La otra categoría es colocada en el marco de la integración, entendida no solamente como elemento de cohesión a escala político nacional (la integración moral del Estado-nación), sino también como el desarrollo de mecanismos para la canalización de las demandas sociales y, con ello, para la construcción de ciudadanía. La descentralización es vista positivamente como la posibilidad de acercar estos instrumentos al ciudadano y a la localidad; pero su puesta en práctica exige formulaciones estratégicas que, según el análisis de las realidades concretas, no se han logrado todavía.

El capítulo dos del libro se dedica de manera sustantiva al examen de los procesos de descentralización en Centroamérica. Su contenido releva la revisión de la descentralización en el contexto sociopolítico de la región durante las últimas dos décadas; desde su aplicación dentro de las lógicas de la seguridad militar en los años de guerra, hasta sus primeras formulaciones técnico-burocráticas a partir de las dinámicas de pacificación y democratización. Pero, del análisis de los resultados se desprende que el sueño de la descentralización sigue siendo una entelequia limitada por contextos económicos locales, el pleno marasmo y dinámicas sociopolíticas prisioneras de culturas políticas centralizadoras, verticalistas y excluyentes.

En la segunda parte, el libro trata tres problemáticas donde se identifica lo nuevo que añade la descentralización a las dinámicas sociopolíticas en la región. Por una parte, la conformación de actores vinculados a las dinámicas de descentralización; entre ellos se aborda principalmente a los actores intermediarios. El autor describe las entidades gubernamentales centrales, encargadas de promover el desarrollo municipal y, junto con ellas, el desarrollo del "asociativismo" municipal. Pese a la difusión de expresiones institucionales orientadas a promover la descentrali-

zación, sus propósitos no han llegado al ámbito de la política local; en ello convergen razones como la reproducción del centralismo en los procesos de decisión y socialización de la información, además de que se continúa interpretando la descentralización como un ejercicio restringido a la municipalidad, que no involucra al conjunto de la sociedad local.

El otro tema en esta segunda parte es el análisis de ciertas innovaciones en la práctica de la gestión local. Algunas de estas experiencias están referidas a la evaluación de la administración local de algunos programas locales en salud, educación y protección de la niñez y la adolescencia; así como al funcionamiento de los Consejos de Distrito en Costa Rica. Existen otros casos en los países centroamericanos que ejemplifican las transferencias de servicios desde el aparato central a las localidades, con resultados que requieren un adecuado examen.

El libro concluye con una reflexión sobre las condiciones y las prácticas de la democracia local. Como primer problema resalta el alejamiento entre las formas de representación, no sólo en el plano nacional, sino también en el local, respecto de la vida de los ciudadanos. No obstante la poca distancia geométrica entre los actores políticos en los municipios y los ciudadanos, el ideal democrático no satisface al desencanto. La segunda idea es que el municipio mismo, como aparato de representación y de ejercicio de la democracia local, en muchos contextos locales padece los estragos del autoritarismo y de los abusos del poder. No por ser locales, las municipalidades o alcaldías fueron más genuinas; ni mucho menos estuvieron exentas del ejercicio criminal del poder.

Sin embargo, los contextos locales se han transformado, podría decirse que de manera radical en casi todos los casos, y las demandas de participación no son sólo una quimera sino un ejercicio real que enarbolan las comunidades. Frente a ese marco han emergido diversos intentos de ajuste del quehacer político local con resultados variables en cada uno de los países; pero lejos estamos de la imposición de un nuevo modelo en la práctica de la política, pues las manifestaciones de democracia local o más bien de fortalecimiento de la democracia desde abajo, a partir de los rudimentarios instrumentos de la tecnología política local, son pocas y, las que existen, aún son frágiles.

No obstante, concluye el autor, entre esos movimientos para crear demandas cada vez más desagregadas desde abajo y los intentos por reajustar los mecanismos institucionales, han emergido un conjunto de prácticas menos centralizadoras en el ejercicio de la política. Pero se requiere de una formulación de estrategias y modelos descentralizadores, esta vez menos orientados verticalmente desde las esferas centrales o desde las burocracias multilaterales, para dar oportunidad a los actores locales de decidir sobre esa construcción.

La modernización sin fin y la descentralización siguen siendo retos fundamentales en el desarrollo de las sociedades centro-americanas. Cabe preguntarse si la descentralización es una respuesta para corregir las deficiencias de los sistemas políticos centralizados o si, más bien, no se le utiliza como un pretexto para evitar encarar de forma integral las responsabilidades del Estado en su conjunto y de los actores políticos y sociales, frente a las necesidades de democratización y desarrollo social.

Sin duda, con la lectura de esta obra podremos encontrar muchas pistas interesantes para buscar respuestas a tales preguntas. De hecho, la contribución académica que hace Roy Rivera con este trabajo es de enorme utilidad, no solamente para el público académico, sino también para los agentes sociales involucrados en procesos de decisión en los temas del desarrollo local, la descentralización y el fortalecimiento institucional comunitario.

ABELARDO MORALES GAMBOA

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Costa Rica

Catauro. Revista Cubana de Antropología, año 3, número 4, 2001 [La Habana, Fundación Fernando Ortiz], 184 pp., índice, ilustraciones y fotografías, tablas y gráficos.

Con la aparición de su número 4 (quinto en realidad, pues hubo un "0" inicial), la joven revista cubana, *Catauro* parece ir consolidando su edición. Como otras tantas surgidas en la isla en los últimos años, nació de la necesidad de ofrecer medios para la divulgación del trabajo científico, pues durante algún

tiempo estos medios fueron bastante escasos debido a las dificultades económicas del país y al languidecimiento de las antiguas publicaciones que satisfacían dicho requisito, lo cual obligó a una mínima renovación de las instituciones académicas y de los intelectuales en general.

Catauro es el principal órgano de difusión periódico de la también joven Fundación Fernando Ortiz y tiene como objetivo contribuir a divulgar la obra de este antropólogo cubano y de todos aquéllos que la estudien o que se interesen en temas que a él le preocupaban. De momento ha nacido, además, como una publicación dirigida, en el sentido de que hasta ahora se han establecido temáticas monográficas para sus distintos números.

Los anteriores *Catauros*, se dedicaron a los chinos (1) y a los esclavos (2) en la Gran Antilla y a la obra de Lydia Cabrera (3); el presente a los españoles en la isla y a las relaciones hispano-cubanas. Todos ellos, y al parecer los siguientes —en la editorial de la que proceden estos datos no se aclara—, responden a un proyecto intelectual: indagar en las raíces de *lo cubano*, seguramente una buena definición de lo que de manera prioritaria guió el trabajo de Fernando Ortiz, que genéricamente fue la temática central del número cero (0).

El núcleo de cada número de la revista se concentra en la sección denominada “Contrapunteos”, parafraseando parte del título del libro de Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. En su seno se agrupan las contribuciones monográficas. Pero hay otras secciones. “Imaginarios” reúne, en este caso concreto, sendos artículos de Alejandro Calzada y Miguel Barnet, acerca de “El mundo visual de la parranda” y “Los vendedores ambulantes”, respectivamente, y dedica un breve espacio a explicar el significado y el porqué del nombre *Catauro*. “Archivos de folklore”, por su parte, incluye dos documentos de Antonio Bachiller y Morales, “El babujal” y “Las siguapas”. El capítulo de “Entrevistas” alberga en la presente entrega una conversación de Daniel Álvarez Durán con Ildefonso Diéguez, presidente de la Federación de Sociedades Españolas en Cuba, titulada “Una memoria común: sociedades españolas en Cuba” y, por tanto, estrechamente vinculada con la temática central.

La sección de noticias titulada "Desde L y 27" —la dirección en la que se ubicaba la casa de Fernando Ortiz, sede actual de la Fundación que lleva su nombre—, entre menciones a premios, becas, presentaciones de número y actividades, acoge la nota necrológica del prehistoriador cubano Manuel Rivero de la Calla, cuyo fallecimiento lamentamos profundamente. La revista concluye, finalmente, con un apartado de "Reseñas de Investigación" y el llamado "*Ex libris*", en donde tienen cabida las críticas de libros.

Los *contrapunteos* se inauguran con una edición, realizada por Orestes Gárciga, del texto de Fernando Ortiz, "Colón y la entrada del capitalismo en América. Una obra inédita de Fernando Ortiz" —prólogo de un libro inédito acerca del descubrimiento de América y los orígenes del capitalismo que hace algunos años fue publicado por Julio Le Riverend en la revista *Revolución y Cultura*, 4 (1991)—, y en el que, en palabras del referido Gárciga, se examina "la economía, la política y la filosofía de los contradictorios elementos o intereses sociales que tenían que ser coordinados integralmente para lograr una nueva síntesis sociocultural".

Roberto Fernández Retamar reflexiona en "Contra la leyenda negra" sobre un tema que había sido objeto de su atención en otras ocasiones. Afirma que dicha leyenda fue producto de un período de capitalismo emergente en Europa, en el que se elaboró un discurso ideológico para legitimar las relaciones de dominio colonial sobre otras partes del mundo, también nacientes, pero señala que, simultáneamente, se construyó una crítica —necesariamente antiespañola— al poder hegemónico.

El estudio de Fernández Retamar, aunque conocido en su esencia, es sin duda lo mejor del número 4 de *Catauro* junto con las contribuciones de Carmen Ortiz García y Gustavo Bueno. En las "Relaciones de Fernando Ortiz con los antropólogos españoles", Ortiz García analiza la obra del antropólogo cubano en el contexto general e intelectual de su época y sus vínculos y contactos con otros autores interesados en estudios similares a los suyos, sobre todo revisa el caso de Julio Caro Baroja. Sostiene que dichas relaciones fueron siempre de reconocimiento, por encima de cualquier otra circunstancia, especialmente política.

En un breve, original, novedoso, pero también curioso ensayo, titulado "España y América", Bueno intenta establecer, según

sus propias palabras, “las coordenadas y paradigmas históricos en la conformación [...] de la unidad e identidad de los pueblos que componen la América Latina [...] a través de fundamentales conceptos sinalógicos e isológicos”. Aunque el estudio es muy corto para conseguir un objetivo mayor, ello no le impide una buena y sugerente aproximación a sus objetivos.

Tres artículos de María del Carmen Barcia Zequeira, Sergio Valdés Bernal y Aurelio Francos Lauredo completan los *contrapun-teos* de *Catauro*. Frente a los anteriores, más específicos, éstos abordan problemas troncales de la temática monográfica del número 4 de la revista, “Un modelo de inmigración ‘favorecida’: el traslado masivo de españoles a Cuba (1880-1930)” la primera; “¡Ay, qué felicidad!, ¡cómo me gusta hablar español!”, el segundo, y “La memoria hispana en la isla a través del testimonio de los inmigrantes españoles”, el tercero.

El de Valdés Bernal es un estudio lingüístico y trata de ofrecer una síntesis de la evolución del idioma español, de su expansión y enriquecimiento, especialmente en Cuba. El de Francos Lauredo utiliza el llamado Archivo de la Palabra —la opinión de los inmigrantes de la que fuera metrópoli de la isla— para investigar la construcción de la memoria hispana en el país. El artículo se centra en la presentación de la metodología de un proyecto mayor y, por esa razón, lo que más llama la atención es la omisión más absoluta de referencias historiográficas. El autor cita exclusivamente siete obras, todas ellas dedicadas a problemas teórico-metodológicos, relación bastante escasa y que esperamos no sea representativa de sus lecturas formativas.

El problema con la historiografía es todavía más grave, pues Francos Lauredo explica su trabajo con las fuentes, pero, al carecer de referencias, no lo integra en el debate y le resta prácticamente toda su potencial contribución al conocimiento del tema que pretende dilucidar. Hay estudios anteriores al suyo, como los de Consuelo Naranjo u Olga Cabrera, que han abordado con calidad y buenos resultados asuntos similares, y que sin duda no desconoce el autor, así como una problemática claramente definida por la investigación respecto a dichos asuntos, que debería haber explicitado, bien para cuestionarla, bien para seguirla o para ambas cosas al mismo tiempo.

El artículo de Barcia Zequeira, para concluir, defiende la inmigración española a Cuba como un modelo dentro del fenómeno migratorio, caracterizado por los privilegios que obtuvo y su resultado exitoso, una tesis polémica, sin duda, que se establece a través de la realización de una especie de balance historiográfico, pero sin la perspectiva comparada necesaria para definirlo como tal modelo. A pesar de este defecto, es aceptable como síntesis del problema y, desde luego, absolutamente indispensable como cobertura del resto de los trabajos de la sección monográfica de *Catauro*, ya que ofrece una información básica para entender la razón de la importancia del tema a que se dedica la revista. Seguramente, además, ésa fue la intención con la que fue escrito, incluso encargado.

En el trabajo de Barcia Zequeira hay un problema adicional que es menester reseñar y que esperamos se haya debido a un error que se subsane con una fe de erratas en próximos números. La autora reproduce una colección de gráficas elaboradas por Consuelo Naranjo, publicadas en "La emigración española a Iberoamérica desde 1880 a 1930: análisis cuantitativo" (en Aula de Cultura Iberoamericana, *Nuestra común historia. Cuba/España. Poblamiento y nacionalidad*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Embajada de España en Cuba, Editorial de Ciencias Sociales, 1993, páginas 116-155). Subsanan tal defecto nos parece sumamente importante, ya que atenta, no sólo contra la propiedad intelectual, sino también contra el reconocimiento y respeto al trabajo, requisito básico de cualquier publicación honrada que se precie.

ANTONIO SANTAMARÍA GARCÍA
Instituto de Historia (CSIC)